

El humor conceptual de Macedonio Fernández

Carlos Pineda

*...por aquellos años lo imité hasta la transcripción,
hasta el apasionado y devoto plagio.*

Palabras de Jorge Luis Borges
en el funeral de Macedonio Fernández

a Ramón Córdoba

HOY DÍA BUENA PARTE DE LA CRÍTICA literaria hispanoamericana –con sus lúcidas excepciones– ejerce un discurso retórico autocomplaciente, cuya esclerótica solemnidad le ha confinado a ser un objeto casi deífico antes que un diálogo creativo en pro de una comprensión más cabal de su objeto de estudio.

Se contempla a sí misma como la directriz que guiará (desde sus alturas olímpicas) a los mortales no iniciados en los secretos del sesudo devaneo intelectual. Este tipo de crítica miope suele considerar que todo aquello relacionado con el humor y, por extensión, la risa,¹ es un asunto “menor” que no premia con los bonos de la fama y el aplauso épico que otorgan los temas “serios”. (Digamos: “La metaironía y la catalepsis elíptica en Calasso”, “Las dimensiones agronómicas del aleph borguiano” [*sic*] o “Guía de bombería para la lectura anotada de *Todos los fuegos el fuego* de Julio Cortázar”, etc.)

Paradójica esta circunstancia si consideramos que el *corpus* de la literatura en lengua española es generoso en obras de un inminente carácter lúdico. Espíritu que nos recorre el espinazo histórico desde el Arcipreste, con sus griegos y romanos jugando su juego de manos, Quevedo y el revisitado, multicitado (pero no leído) caballero de la Mancha, hasta los poemas para combatir la calvicie

de Nicanor Parra, la herodina ley de Ibarguengoitia y la filia por vacas y *muscas maledictas* del minimalismo monte-rosiano. Sin embargo, los estudios en nuestra lengua sobre el humor, la comicidad y la risa en general (en particular en México, donde somos adictos a la solemnidad literaria) son pocos, y los que hay, exóticos.

Ahora bien, quede en claro que la cuestión no radica en que los tópicos “serios” le cedan su lugar a una retórica de merolico dominguero, sino que ampliemos nuestros horizontes perceptivos para (h)aprender a considerar que el análisis de la comicidad, y su papel dentro del devenir literario hispanoamericano, nos proporciona un conocimiento más preciso de su dimensión estética como objeto y sujeto histórico. Hay que enfrentarnos sin prejuicios a esa inteligencia sutil que caracteriza a lo cómico y jugar entre sus espejos.

En este contexto, y con el peligro del yerro que la brevedad impone, considero necesario actualizar la lectura de uno de los narradores más interesantes, aunque poco comentado, del ámbito hispanoamericano: Macedonio Fernández (1874-1952), en particular su reflexión teórica sobre la risa a través de lo que él denominara humor conceptual.

Este autor argentino de acérrima leche iconoclasta, maestro de la paradoja y la sorpresa radical, nos legó una topografía literaria constituida por libros inclasificables, como *No toda es vigilia la de los ojos abiertos* (1928), *Papeles de reciénvenido* (1929) y *Museo de la novela de la eterna* (1967), obras todas que son un reto para el lector más avezado por su extrema experimentalidad y su trasfondo metafísico.

Ahora bien, una de las características más singulares del edificio literario de Macedonio es el aparente poco o nulo interés de su creador para con él. Para este escritor fijar sus digresiones metafísicas o sus ideas acerca de la literatura de manera ortodoxa era menos que trascendente o necesario, por lo que muchas de sus “anotaciones orales” simplemente no fueron recogidas en libro alguno, formando así parte del palimpsesto que es la oralidad.

Este aparente “descuido” es plenamente congruente con las asíntotas fundamentales entre las que gravita su escritura: la eliminación del yo a través de una argumentación metafísica (lo que implica la eliminación de la muerte) y el desmoronamiento de las concepciones lógicas de la existencia. Estas dos premisas aglutinadoras se entrecruzan y decantan en el humor conceptual, que es, según su creador, “El desbaratamiento de todos los guardianes intelectivos en la mente del lector por la creencia en lo absurdo que ella obtiene por un momento, lo liberta definitivamente de su fe en la lógica [...] que nos dice todos los días: ‘puesto que todos mueren, tú has de morir’ ”.

Lo que Macedonio pretende con este planteamiento es que el lector vislumbre un momento de irrealidad, de “flotación lógica”, donde la existencia sufra un cisma en sus fundamentos más profundos y logre así una ruptura radical con la razón aprendida del devenir cotidiano. De

ahí que los órdenes por donde transcurre el pensamiento se vean violentados, obligándonos a ser sujeto del hecho cómico gracias al choque de nuestro intelecto con lo absurdo. De esta manera queda la risa, lo humorístico, como un elemento catártico, de renovación, donde el estado de las cosas se invierte como en la risa carnalesca de la Edad Media;² pero no sólo así, pues la propuesta del humor conceptual va más allá.

Hay renovación, cierto, pero no para volver al mismo estado de las cosas (como sucedía en el Medievo, que al concluir el tiempo del carnaval se regresaba al orden oficial establecido) sino para lograr que el individuo sea consciente de su insustancialidad, de ahí que la lógica se desvanezca y el ser sea un todo en potencia. Entonces, la risa aparte de ser vehículo de liberación deviene también en forma de conocimiento, que revela la imposibilidad de saber a ciencia cierta “qué” con el ser, esto es, de nuestra incapacidad de razonar sobre el ser fuera de él, puesto que se crea una paradoja irresoluble: *ergo*, todo razonamiento parte de un absurdo primigenio.

Es evidente que el humor puede ser provocado por diversas razones, pero es el chiste quien lo representa de manera más sintética y paradigmática. En este sentido Macedonio Fernández dice: “Cuando se provoca la situación por signos verbales que alguien usa para crear en el oyente un hecho



Fidel Ugarte

psicológico “[sic] de creencia en lo absurdo, yo le llamaría chiste y el sujeto del chiste sería el oyente, y el dicente un espectador del tropezón conciencia por él provocado”.

De aquí se deduce que el chiste macedoniano debe estar cifrado necesariamente en la lengua (no a través de la mímica, ni de elementos gráficos) y cuyo fin –más allá de la risa– es poner al otro en un estado de singularidad, donde ciertas manifestaciones “ilógicas” (muy cercanas de alguna manera al fenómeno poético) lo lleven al centro del evento cómico.

Esta visión sobre el humor desemboca en una reflexión metafísica sobre la existencia. Veamos: existencia e identidad son, para Fernández, una falacia, un fatuo devaneo de la vanidad. El asunto es diluir al “yo” desde la risa a través del humor conceptual, donde todo se relativiza y el ser puede verdaderamente *ser* (estando siendo), sin precisar afirmarse por medio de la razón. Es, por extensión, un ataque al “poder” ortodoxo, puesto que la risa desnuda, evidencia nuestros defectos y nos abandona por completo indefensos en el páramo desolado que deja tras de sí la carcajada.

El planteamiento metafísico de Macedonio, del que arranca y al cual se ancla su propuesta de humor conceptual, está basado en la noción de la “nada”, ahí donde todas las posibilidades forman el ovillo del todo y tienden sus tentáculos por entre las probabilidades (la certeza es tan sólo una de las caras del dado). La desintegración lógica que propone, más allá del nivel formal, llega hasta al espacio mismo (como expresión especular del tiempo). Su metafísica, en resumen, se apoya en dos negaciones: no hay ley de la causalidad (con lo que la incertidumbre sienta sus reales por doquier) y no a la sustancialidad. Dice Macedonio:

Si ignoro qué distingue al ensueño de la realidad y por ello emprendo la indagación, ignoro si actualmente, al escribir e indagar, estoy soñando o no. Lo que no se ha pensado preguntarse es si esta rara investigación puede emprenderse sin absurdo inicial. Y tampoco se ha advertido que toda la controversia acerca de si el mundo, el ser, tiene realidad, parte de la misma situación de absurdo [...] no sé si estoy soñando esa controversia, no sé si mi indagación tendrá efectos, consecuencias, aplicaciones [...] No sé si escribo despierto y medito o si medito pero sueño que escribo.

Así, todo es posibilidad, nada está perfectamente determinado. No sabemos nada, pero ¿cómo sabemos esto si no sabemos nada? ¿Lo suponemos?

Nótese cómo en este aspecto, como en muchos otros, Macedonio se revela como un adelantado a su tiempo, al proponer cuestiones hoy día en boga, como la teoría del caos y la deconstrucción del discurso. Cuando Macedonio

aplicó estas teorías a su obra literaria obtuvo por resultado textos *sui generis* en el panorama hispanoamericano, que aún se resisten a ser clasificados, formando parte de la zoología de los “raros”.

En el cuento “El zapallo que se hizo cosmos” encontramos varios elementos que dan muestra fehaciente de lo antes dicho. He aquí un breve comentario al respecto. En este súbito texto una planta de la familia de las curcubitáceas, una calabaza rastrera y trepadora, se rebela contra natura. Crece con extraña frucción “darwinianamente” –dice el narrador– como en aquel cuento infantil de fulanito y las habichuelas mágicas, con la salvedad de que en el cuento de Macedonio la planta rebelde no cesa de crecer al llegar a los cielos, en el quicio de la casa de algún gigante mal humorado, sino que engulle al cosmos entero. He aquí el absurdo, el humor conceptual, pues el narrador nos anuncia la creación de la “metafísica curcubitácea” con lo que todo saber religioso, científico, filosófico, moral, etc., se ve sustituido por un sistema metafísico que, parece, por fin nos resolverá el problema de la existencia: “dada la relatividad de las magnitudes todas, nadie de nosotros sabrá si vive o no dentro de un zapallo y hasta dentro de un ataúd y si no seremos células del plasma inmortal. Tenía que suceder: Totalidad toda interna, Limitada, Inmóvil (sin Traslación), sin Relación, por ello Sin Muerte”.

La burla se extiende a plenitud, ya que las relaciones tradicionales quedan eliminadas (incluyendo las de temporalidad y espacialidad) en pro de un Todo-Zapallo-Cosmos que se presenta como el rostro cómico del mundo... Dios queda reducido a un mero objeto culinario engullido por el infinito Zapallo... y nosotros, como el aperitivo del menú cósmico; los misterios más profundos de la existencia (ella misma) son reducidos a un problema de botánica.

Ahora es tiempo de orar para que algún demiurgo ducho en las artes de la cocina tome venganza a nombre de Todos contra el susodicho Zapallo. Y nos obsequie una grandiosa ensalada a los (sobre)vivientes de esta Zapallería. Sea. •

Notas

¹ Vale recordar cómo en *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco, se evidencia el temor de la Iglesia (y de todo poder) a la risa, que con su antisolemnidad aniquila los fundamentos oscurantistas del totalitarismo.

² Véase Mijail Bajtín, *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Madrid, Alianza, 1987.

CARLOS PINEDA es poeta, ensayista y editor. Autor de *Imajo* (UAM, 1997) y *Escenas en el proscenio* (UNAM, 2000).